á que el hombre es elevado por el mismo Dios. En sus letras conciliadoras, llenas de amor paternal, dirigidas á los obispos de Prusia, les inculca el gran deber de atender cuidadosamente, á la formación del clero en los seminarios, de promover los medios más adecuados para la propagación de las doctrinas sanas y fecundas qne en todo tiempo han sido la salvación de las naciones; de resolver por medios pacíficos enteramente conformes al espíritu del Evangelio la gravísima cuestión obrera, que ha producido en Alemania tan funestos conflictos; finalmente, llama á todos los católicos para que comprendan que en la unión de los espíritus y en la concordia de las voluntades pongan el éxito de todas sus empresas, conservando siempre en los corazones el vínculo sagrado de la caridad. Como era de esperarse estas gestiones tan sabias como prudentes, dieron por resultado la completa victoria del Pontificado sobre la vanidad y el orgullo del invencible Canciller de Hierro que, después de derogar el Kulturkampf ó las leyes perseguidoras de la Iglesia, tuvo que ir á Canossa para rendirse ante la majestad y el poder de León Máximo, tan popular y querido en Alemania. ¡Loado sea Dios por sus celestiales favores.

Desde entonces hasta ahora se nota en todas las clases sociales de aquel gran pueblo una vuelta franca y constante al catolicismo, encontrando adeptos fervientes é ilustres entre los hombres más prominentes del poderoso Imperio Alemán; habiendo sido recibida con admiración y profundo respeto por el Emperador Guillermo y por sus súbditos la magnífica Encíclica del Sr. León XIII sobre la cuestión obrera "De conditione opificum" que vino á servir de norma para resolver los terribles problemas del socialismo germánico.

Cuando el ilustre Pontífice León contempla de

cerca los profundos males que tanto vienen afligiendo á la Iglesia de Francia, la hija primogénita de la Iglesia católica, se dirige á los obispos de la antigua Galia para darles valor en la lucha é infundirles fortaleza y constancia para alcanzar la victoria; en su admirable Encíclica *Nobilissima Gallorum gens* les va trazando la línea de conducta que deben seguir para conservar en toda su pujanza las glorias tradicionales, llenas de heroismo cristiano, de que justamente se enorgullece el pueblo francés. Excita el espíritu público cristiano de aquel pueblo inquieto para cuidar solícitamente de la educación cristiana de la juventud, multiplicando por todas partes las escuelas católicas y trabajando ardientemente por la mejora incesante y por el progreso creciente de los seminarios, en donde se reclutan las falanges ilustres que luchan con ventaja para conquistar y agrandar el reino de Cristo. Cuando el diestro y prudente Pastor desciende á la cuestión política, que ha dividido tanto al pueblo francés entre la antigua monarquía y la república, escribe al anciano Cardenal Lavigerie aprobando sus apostólicos trabajos en pro de la buena causa para conciliar los ánimos de todos, y para enseñarles cómo ninguna de las formas de gobierno, legítimamente aceptadas por los pueblos para su régimen, están reñidas con la religión de Cristo, quién vino á fundar la verdadera fraternidad de los individuos y de las naciones, mediante el reinado de la caridad; inculca á todos la obediencia y sumisión á los poderes constituidos y reprueba las azonadas y motines tan ajenos de los católicos, y que dan origen á innumerables males. Felicita cordialmente al ilustre Primado de Africa por su institución de los Padres Blancos que tanto han contribuido á la civilización de los pobres negros del Africa Central, y al consuelo de la iglesia francesa, con las brillantes conquistas

de los apóstoles de Cristo en las remotas y fecundas Misiones Orientales.

Estas satisfacciones llenan de santos consuelos su alma nobilísima; pero se entristece profundamente porque ve que la persecución se hace cada vez más odiosa, y hasta se intenta romper cuanto antes el saludable convenio tanto tiempo há sancionado entre el Gobierno de Francia y la Santa Sede, proclamando la separación de la Iglesia y el Estado. Exhorta finalmente á los obispos á que redoblen sus plegarias, y congreguen á todo el pueblo para suplicar al Dios de las naciones que vuelva sus miradas á la Francia, y que su misericordia triunfe de su cólera. ¡Ah sí! que *vea con piedad á esa Francia que se gloría de haber* detenido á las puertas de su ciudad capital á las salvajes huestes de Atila, debido á la piedad y á las fervientes plegarias de Santa Genoveva, Patrona de Paris; y que se enorgullece de haber visto humillada á la soberbia Albión ante la fé cristiana, el heroísmo y el *amor patrio* de la *insigne Doncella de Orleans*, vílmente sacrificada en Ruan por los ingleses. ¡Gloria á esa Francia siempre digna que volverá sobre sus pasos, y llenará de júbilo á la Iglesia de Cristo!

No ménos grande es el interés que muestra el Santo Padre por su querida Italia, Austria-Hungría, Portugal, los Países Bajos y hasta las remotas regiones de Bosnia y Hersegovina, procurando el progreso de la religión, el brillo de las letras, de las ciencias y de las artes y el aumento creciente de la Jerarquía católica en todas partes.

Mas como pastor vigilante y solícito extiende su acción paternal y civilizadora á los países del lejano Continente Americano, sabedor como está de los grandes y rápidos progresos de la fé cristiana en aquellas naciones tan católicas. Escribe á los obispos del Canadá sobre la cuestión escolar; y

se fija especialmente en la Gran Nación Americana, que se precia de encerrar en su seno cerca de veinte millones de católicos; se interesa en establecer numerosas sedes episcopales en aquellas vastas comarcas; aprueba con entusiasmo la fundación de la Universidad Católica y demás instituciones cristianas tan florecientes en aquella gran Nación; mas cuando sabe que se trata de turbar la unidad entre los católicos, mediante doctrinas extrañas á las que se dió el pomposo título de *Americanismo*, escribe una carta famosa al Eminentísimo Cardenal Gibbons, Arzobispo de Baltimore, aclarando perfectamente las ideas, proscribiendo las afirmaciones abiertamente contrarias al credo y á la disciplina católicos, enseñando con su propia autoridad cuales son las ideas y las doctrinas que podían admitirse y que deberían observarse. Estos acontecimientos tan desagradables, que parecían precursores de grandes escándalos religiosos, sociales y políticos, terminaron muy pronto, gracias á la sabiduría, á la prudencia y á la plena autoridad del gran Papa León, y dieron más realce á los intereses católicos en los Estados Unidos Americanos, dejando muy bien sentado el nombre y la reputación de Monseñor Gibbons, de Monseñor Ireland, del R. P. Kean y del abate Klein que tanto influyeron en estos asuntos.

Los intereses católicos de la América Latina ocuparon un lugar distinguido en el corazón de aquel Pontífice ilustre, que recibió de todos estos pueblos pruebas tan patentes y tan espontáneas de sumisión, obediencia y amor filial, que con razón impulsa todos los progresos religiosos y sociales, desde las riberas del Bravo hasta la Tierra del Fuego. Una de las más grandes glorias que coronan la frente del Pontífice es el Concilio Plenario Americano, que vino á establecer en toda la América Latina la unidad de la disciplina,

siempre en armonía con la disciplina general de la Iglesia; ayudando, como se comprende, á la mútua fraternidad de todos estos países, y á la más rápida propagación del catolicismo entre las naciones toda vía infieles y extrañas á este movimiento civilizador. Pero nosotros los mejicanos debemos sentirnos más orgullosos que los demás pueblos, porque parece que el Sr. León XIII se propuso distinguirnos con singulares favores: Aumenta la gerarquía católica entre nosotros estableciendo nuevas sedes metropolitanas y episcopales, amplía los estudios eclesiásticos fundando la Universidad Pontificia de México, aprueba, bendice y alienta á la prensa católica, encarga de una manera especial la reorganización de los seminarios tridentinos, se llena su corazón de padre de santos consuelos *cuando recibe* la visita de sus hijos mejicanos en las distintas peregrinaciones á la ciudad de Roma, al grado de acariciar con sus propias manos á los pobres indios que le fueron presentados en distintas ocasiones, finalmente, decreta la Coronación litúrgica de Nuestra Santísima Madre de Guadalupe, manda en su honor que se rece un nuevo Oficio en el que se relatan las distintas apariciones de la venerable y maravillosa *Imagen, extiende* la fiesta, oficio y misa propios de la Santísima Virgen de Guadalupe á toda la América Latina, en sus dísticos admirables, que la gratitud mexicana ha grabado en las bóvedas del celebre Santuario del Tepeyac, encomia á la misma Virgen de México, y por fin, en sus letras escritas á los obispos de nuestra católica nación les dice: "Conocemos cuán estrechos son los vínculos con que aparecen siempre unidos los principios y progresos de la Fe cristiana entre los mexicanos, con el culto de esa divina Madre, cuya imagen, una admirable Providencia, como refieren vuestras historias, hizo célebre en su origen..... persuádanse todos y estén íntimamente convencidos, que durará entre vosotros la fé cristiana, en toda su pureza y estabilidad, mientras se mantenga esa piedad digna en todo de la de vuestros antepasados." ¡México, pues, debe grabar en las páginas brillantes de su historia el nombre glorioso de León XIII, Pontífice sabio, ilustre y meritísimo!

V.

Hemos estudiado de cerca, hermanos mios carísimos, al gran Papa y su obra: robusteció el trono de S. Pedro con el prestigio de su prodigiosa y fecunda inteligencia, con su acción civilizadora en favor de las ciencias y de las artes, y sobre todo con su celo ardiente y con su constante labor religiosa en pro de la Iglesia de Cristo y de la sociedad cristiana; señaló á cada una de las naciones, los rectos senderos que deben conducirlas al apogeo de su gloria; habló á los gbiernos y á los pueblos, estableciendo entre ambos la concordia cristiana que es la única que puede fundar las bases estables y firmes de la verdadera paz; en una palabra: practicó el consejo del Apostol *haciéndose todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo.* ¡Ah! pero este gigante de la idea cristiana tenía que rendirse al peso del trabajo y del deber; el coloso tenía que ceder al empuje formidable del tiempo.....¡Murió el santo, el sabio, el glorioso Pontífice que guiaba con acierto al pueblo de Dios, á la tierra prometida, á la Canaán celestial! ¡Murió el caudillo de las naciones que supo engrandecerlas á la sombra de la Iglesia católica! ¡Murió el consejero de los reyes y de los grandes, que con su genio admirable se conquistó el respeto, la obediencia y la admiración de todos! ¡Murió el gran Jerarca que dió gloria á la Iglesia de Dios, en sus días fortificó el templo, y llenó de júbilo á todos las gentes hasta los